

# discurso de s. s. paulo VI a los p p. de la XXXI congregación general de la compañía de jesús

(7 de mayo de 1965)

Amados hijos:

Con sincero afecto y con palabras de feliz auspicio, os saludamos, amadísimos miembros de la Compañía de Jesús, a quienes hoy nos complacemos en recibir en nuestra presencia.

Habéis acudido a Roma y os habéis reunido para celebrar la Congregación General que, según lo prescriben nuestras Constituciones, ha de elegir el sucesor del Prepósito General Juan Bautista Janssens, cuya muerte lloramos juntamente con vosotros. Difícil tarea y asunto de trascendental importancia, pues de ella dependen la prosperidad y afirmación, la conservación y progreso de vuestro instituto religioso.

Ponderad, pues, con criterio sano; deliberad con el equilibrio juicio de una sagaz prudencia todos los aspectos, a fin de llegar a un feliz resultado; pero, sobre todo, implorad con oraciones sinceras y fervorosas la luz y guía del Espíritu Santo, para que vuestra elección coincida plenamente con la voluntad de Dios: "muéstranos, Señor, al que tú has elegido" (Hech. 1, 27).

Nos, por nuestra parte, compartiendo vuestra solicitud, juntamos nuestras oraciones a las vuestras y ardientemente anhelamos que el elegido responda a la expectación de todos los buenos, y sea totalmente idóneo frente a las actuales necesidades de vuestra vida religiosa.

Todos conocen perfectamente la índole y estructura particular y la eficacia de acción de que Ignacio, vuestro legislador y padre, dotó a vuestra Compañía. El quiso que la Compañía de Jesús, fundada con un impulso grandioso y como bajo inspiración divina, fuese sobre todo el más firme baluarte del catolicismo y como un ejército de probada valentía, fiel y adicto a la Sede Apostólica.

Vuestro lema nobilísimo, vuestra gloria excelsa, vuestra característica insigne es "militar al servicio de Dios bajo la bandera de la Cruz y servir exclusivamente al Señor y a su Esposa, la Iglesia, a las órdenes del Romano Pontífice, Vicario de Cristo en la tierra" (Carta Apostólica "Exposuit debitum", del 21 de julio de 1550). En el cumplimiento de este juramento militar, si otros religiosos deben ser fieles, vosotros debéis ser fidelísimos; si los otros fuertes, vosotros fortísimos, si los otros escogidos, vosotros escogidísimos.

Los gloriosos anales de vuestra historia con luz meridiana muestran cómo al ideal fijado por el Padre Santísimo, respondieron perfectamente las realizaciones y conductas de los hijos y como vosotros merecisteis el honroso apelativo de legión siempre fiel en la defensa de la fe católica y de la Sede Apostólica.

Vuestros santos Mártires, Confesores, los Doctores de la Iglesia Pedro Canisio y Roberto Belarmino, el innumerable ejército de varones piadosos, doctos y esforzados que han ilustrado vuestra Orden, como el cielo se engalana de estrellas, al mismo tiempo que han realizado este ideal con obras y palabras, han dejado a las siguientes generaciones, ejemplo e inmortal estímulo para seguir sus huellas.

Es necesario que vuestro tenor de vida, según conviene a buenos soldados de Cristo y a operarios animosos e intachables, se asiente sólidamente en el ideal de santidad propio de vuestra vocación, caracterizada por la austera forma de la vida evangélica y la viril fortaleza del alma: es necesario que mantenga una disciplina firme, fuera de los vaivenes inconstantés del espíritu, generosa, resulta, al mismo tiempo que equilibrada y constante en sus actuaciones y afectos.

Si por acaso en un ejército, un escuadrón o destacamento no guarda el orden del conjunto, viene a ser como voz discordante dentro de un concierto de instrumento de voces; el nuevo Prepósito General que elijáis, deberá velar atentamente a fin de que vuestra sinfonía no dé sonido alguno disorde, sino que, por el contrario, vuestra alabanza sea plenamente armónica, de fe pura y de piedad. Esta concorde armonía existe en la mayoría de vosotros



y me complazco en subrayarlo y congratularme.

Así pues, todos han de evitar en sus opiniones, en la enseñanza, en los escritos, en la acción, el seguir al mundo y "dejarse llevar por cualquier viento de doctrina" (Cf. Ef. 4, 14), y de ceder a las novedades perniciosas con un excesivo apego al propio criterio.

Antes bien, que cada uno de vosotros ponga su gloria y se distinga entre todos, principalmente en servir a la Iglesia Madre nuestra, en seguir no sus propios planes, criterios, obras, sino los de la jerarquía y en llevarlos a la práctica animados y vivificados por un espíritu de comunión y no de privilegio. La Iglesia reconoce que vosotros sois sus hijos más adictos; ella de modo especial os ama, os tiene en honor, y me trevo incluso a decir, que os reverencia. Ahora principalmente cuando los Decretos del Concilio Ecuménico Vaticano II han dilatado inmensamente los campos y fronteras del apostolado, la Iglesia santa de Dios, necesita de vuestra santidad, de vuestra sabiduría, de vuestra penetración de los problemas, de vuestro empuje, y os pide que, manteniendo incommovible la antigua fe, saquéis del tesoro de vuestro corazón las cosas nuevas y antiguas para el acrecentamiento de la gloria universal de Dios y para la salvación del género humano, en el nombre de Nuestro Señor Jesucristo a quien Dios "exaltó y dio un nombre que está sobre todo nombre" (Cf. Fil. 2, 9).

Que este Nombre santísimo, de cuyo título ante todo os gloriáis, sea vuestra continua protección y defensa, cuyo amor y gloria debéis a porfía esforzaros en dilatar, ya que de él brota y fluye el verdadero e inagotable manantial de la salvación "y no se ha dado a los hombres bajo el cielo, ningún otro nombre por el cual puedan ser salvos" (Hech. 4, 12).

Gustosos aprovechamos esta ocasión que se nos ofrece, para tocar, siquiera sea brevemente, pero seria y resueltamente un asunto de capital importancia. Nos referimos a un peligro terrible que amenaza a la humanidad entera, y es el ateísmo. Este, como se sabe, no se manifiesta siempre de una misma manera, sino que se presenta de muchos modos y se reviste de diversas formas. Pero la peor de todas, es ciertamente el antiteísmo, aquella impiedad combativa que no sólo niega la existencia de Dios en la teoría y en la práctica, sino que se arma contra la creencia de Dios con el propósito de arrancar todo sentido religioso y todo sentimiento de piedad. Hay también el ateísmo de aquellos cuyas doctrinas filosóficas afirman que Dios no existe o que no podemos conocerlo, y el de aquellos que

sólo gustan el placer, y el de aquellos que rechazan todo culto religioso, porque consideran supersticioso, inútil y oneroso para sí el venerar a nuestro Criador y servirle sometándose a su ley, y así viven sin Cristo, privados de la esperanza de la promesa, y sin Dios en este mundo (Cf. Ef. 2, 12). Este ateísmo en nuestros días se insinúa abierta u ocultamente, muchas veces disfrazado con apariencia de progreso artístico o técnico, económico o social.

A la Compañía de Jesús, cuya principal característica es ser baluarte de la Iglesia y de la religión, queremos en estos tiempos difíciles confiar este encargo: que con todas sus fuerzas unificadas, hagan frente al ateísmo, bajo la bandera y protección de San Miguel, Príncipe de la celestial milicia, cuyo solo nombre da una fulgurante victoria o la promete con seguridad.

Traben, pues, los hijos de Ignacio con celo vigilante, este buen combate sin escatimar iniciativas, para que todos se organicen bien y conduzca al éxito. Con miras a esto, hagan investigaciones, recojan toda clase de información, publiquen cuanto convenga, discutan entre sí, formen especialistas en la materia, hagan oración, descienden en virtud y santidad, bien equipados con elocuencia de palabras y de vida en que se transparente la gracia celestial, conforme a aquello del Apóstol San Pablo "Mi modo de hablar y de predicar, no lo puse en palabras persuasivas de sabiduría humana, sino en manifestación de Espíritu y virtud" (1 Cor. 2, 4).

Lo cual realizaréis con más entusiasmo y prontitud, si pensáis que las tareas a cuyo cumplimiento ya os dedicáis, y a la que os dedicaréis en adelante con nuevo esfuerzo, no os la habéis fijado por vuestra voluntad, sino que la habéis recibido de la Iglesia y del Sumo Pontífice.

Por lo cual en las leyes y Constituciones por que se rige vuestra Compañía, confirmadas por Paulo III y Julio III, se encuentran estas palabras: "Qu'enquiera que hiciere profesión en esta Compañía, entienda no sólo en los comienzos de su profesión, sino tenga presente mientras viva, que esta Compañía y cada uno de los que en ella hacen profesión militan para Dios bajo la fiel obediencia de nuestro santísimo Señor el Papa Paulo III y de todos los demás Romanos Pontífices sus sucesores. Y aunque nos enseña el Evangelio y sostenemos con fe ortodoxa que todos los fieles cristianos están subordinados al Romano Pontífice como a cabeza y Vicario de Cristo; sin embargo, en prenda de mayor devoción y para mayor abnegación de nuestras voluntades y más segura dirección del Espíritu Santo, juzgamos muy conveniente que cada uno de nosotros y todos los que en el futuro hicieran la mis-



ma profesión, además del vínculo común de los tres votos, se obliguen con voto especial, de modo que todo lo que el actual Romano Pontífice y los demás que existan en los diversos tiempos manden para provecho de las almas y propagación de la fe, y a cualquier región que nos quisieren enviar, sin ninguna tergiversación o excusa, enseguida, cuanto por nuestra parte pudiéramos... estemos obligados a ejecutarlo" (de las mismas letras apostólicas "Exposcit debitum").

Es calor que conviene a la naturaleza sagrada de este voto el que no sólo esté presente en la conciencia, sino que resplandezca por las obras y sea patente a todos.

Tales os quiso San Ignacio vuestro pa-

dre y legislador y tales os queremos también. Nos, teniendo por cierto que la confianza que en vosotros depositamos, encontrará plena correspondencia, y que la realización de tales deseos proporcionará a la Compañía de Jesús, donde quiera que ella en todo el orbe de la tierra lucha, ora y trabaja, copiosa mies de renovación de vida con esclarecidos méritos, que Dios premiará dignamente.

Deseándoos esto de todo corazón, a vosotros, miembros todos de la Compañía de Jesús que hoy nos rodeáis como corona festiva y gozosa, a todas vuestras empresas y a la grande esperanza que enciende en vuestros corazones hacia metas puras y elevadas, impartimos la Bendición Apostólica. ◆

## **alocución del p. mauricio giuliani**

**Alocución del P. MAURICIO GIULIANI (París), delegado por la Congregación para dirigir la palabra a los Electores, en la Sala para la elección del P. General.**

Reverendos Padres:

Hemos de elegir a nuestro nuevo Preósito General. De esta elección depende en gran parte la evolución y progreso de la Compañía en los próximos años. Ahora es tiempo de que la conciencia de los miembros de la Compañía se agudice y se ilumine, a fin de realizar, como si dijéramos visiblemente, nuestra vocación. Para este fin ayudarán, como espero, algunas consideraciones de la contemplación del Reino de Cristo, según se expone en los Ejercicios. Sabemos que esta contemplación, junto con la de las dos banderas, constituyen el núcleo de los Ejercicios y expresan la primitiva experiencia de donde nació la Compañía. Concentradas así

nuestras miradas, beberemos como de su fuente el espíritu de nuestro fundador, que debe mover toda nuestra elección, y al mismo tiempo podremos tener la esperanza de trazar mejor la semblanza del hombre que espera la universal Compañía.

I. — De esta contemplación del Reino, S. Ignacio pretende que explayemos nuestro corazón hacia la inmensidad de todo el orbe: "Ver a Cristo N. Señor Rey eterno, y delante de El el universo mundo". Nada nos puede hoy estimular más que el dirigir nuestra mirada detenidamente por el mundo. Permanezcamos, Padres, en esta contemplación para que percibamos, y sintamos hasta lo más íntimo de nuestro corazón el vehemente clamor de los hombres de hoy, que llega hasta nosotros desde todas las partes del mundo, desde todos los pueblos, desde todas las razas, culturas y lenguas.

Pretenden los hombres, descubierta su dignidad y solidaridad, superar poco a poco las internas oposiciones de las clases y de las naciones, para que puedan instaurar un apto orden económico y político en el que las modernas técnicas y las ciencias concurren a desterrar el hambre, proscribir la guerra, establecer la justicia, exterminar toda clase de servidumbre.

Más aún, en esta conmoción de cosas por la que peligra el orden antiguo y se transforma en otro nuevo, las culturas y civilizaciones establecen entre sí varias